

MINERVA

PANELETO DIGITAL DE LITERATURA PARA EL SIGLO XXI
Número 3. Agosto-septiembre 2018

El pueblo, el científico y el cura

José Lacarra

Agapito era feo igual que el resto de los chicos del pueblo. Los padres de estos jóvenes eran feos y, a su vez sus padres habían sido feos. La fealdad masculina era hereditaria en Vertedero, nombre de la Villa. Penélope era guapa. Algunas mujeres del pueblo eran guapas, algunas normalitas y otras feas. En realidad, Penélope era muy guapa. Conforme se iba ampliando el árbol genealógico masculino las nuevas ramas iban siendo cada vez más deformes que las anteriores. Me atrevería a decir que los habitantes de la aldea eran los más feos de todo el país, que no era precisamente pequeño. O sea, Agapito formaba parte de la generación más horrenda de su patria.

Una vez llegó al pueblo un prestigioso científico a experimentar (pues es lo único que saben hacer esta clase de personas) con los habitantes. Le arrancó un pelo a cada uno de los aldeanos y aldeanas. Asimismo, le pidió al señor cura las partidas de bautismo de cada uno de ellos. Después de varios días encerrado en su laboratorio salió sacando pecho y con la mirada altiva. Se dirigió a la casa parroquial y le devolvió las partidas al cura mientras decía:

—La cuestión de su anomalía facial de quinto grado ya tiene solución.

A veces, los que han estudiado cosas difíciles hablan así para que los demás sepan que han estudiado cosas difíciles.

Cuando dijo *su* no se refería a él, sino a su pueblo. En la época en la que se encuadra esta historia los clérigos tenían el mando del pueblo. Votaban un alcalde porque esa era la ley. Ellos no lo sabían, pero en su país había guerras con muchos muertos para que hubiera o no alcaldes

en los pueblos como Vertedero. Cosa que resultaba inútil pues el señor cura mandaba y punto. El señor cura venía de fuera así que no era feo. No era guapo ni mucho menos, pero el contraste con el resto de varones del pueblo era tan exagerado que las muchachas le veían como vería cualquier adolescente a su cantante favorito. Este hecho era muy controvertido pues el hombre más deseado del pueblo era un hombre que se había entregado en alma y cuerpo a Dios. No obstante, esto tenía una ventaja. No había día que la Iglesia no estuviera completamente llena a la hora de la misa. Las mujeres arrastraban al templo a sus maridos envidiosos y las jovencitas a sus novios. Los hombres odiaban al cura pues si no fuera por él nunca hubieran sabido que eran feos. Penélope era la novia de Agapito y le llevaba a misa todos los días. Él despreciaba al cura porque le recordaba que era feo, pero iba a misa muy contento porque sabía que la vida en la tierra era muy cortita y que en el cielo sería muy guapo. Ella iba a misa solo para ver al sacerdote. Agapito rezaba para que Penélope fuese al cielo. Le daba miedo que, cómo su novia iba a misa solo para ver a un hombre que estaba casado con Dios, este se enfadase y no le dejará entrar en la cena celestial por mirar con ojitos a su amado. Penélope miraba al sacerdote, pero durante toda la celebración agarraba la mano de Agapito. Él no sabía si era porque le quería o para que no sintiera envidia del cura así que de vez en cuando aflojaba la mano para ver si ella estaba demasiado embozada con el señor cura como para acordarse de que él estaba ahí. Pero siempre que Penélope notaba que la mano de su novio se le escurría apretaba más fuerte.

El científico dijo que los hombres del pueblo eran feos porque sus nombres también lo eran. No había hecho solamente esta comparación, sino que *los había equiparado con los nombres de las mujeres y su belleza física y también el contraste corroboraba la teoría* (o eso decía él, en el pueblo no sabían que significaba “equiparar” o “corroborar”). Los varones tenían nombres como “Fulgencio” o “Anacleto” o “Tiburcio”, en cambio las señoras y las señoritas se llamaban “Carolina” “Marta” o “Paula”. Penélope, además de ser muy guapa era muy lista. Por eso se había enamorado de Agapito, porque él era el feo más guapo del pueblo, porque era muy bueno. Era más guapo por dentro incluso que él cura por

fuera. Y como era muy inteligente se dio cuenta de que la solución que había dado el científico era más tonta incluso que Gervasio, el hombre más tonto del pueblo.

Los jóvenes decidieron que en las próximas generaciones llamarían a sus hijos como les dijo el científico. Les dijo nombres como “Pablo” o “Alberto” o “Rafael”. Agapito, aunque era bueno no era muy listo y se puso muy contento al saber que su hijo no iba a ser feo gracias al científico. Penélope le dijo que no hiciera ni caso a ese tonto más tonto que Gervasio, el hombre más tonto del pueblo. También le dijo que a ella le encantaba su nombre y que quería que su hijo se llamara Mengano, como el padre de ella. Cuando los mayores se hicieron viejos y los jóvenes mayores, los hijos de estos seguían siendo más feos incluso que ellos, aunque les llamaran “Pablo” o “Alberto” o “Rafael”. Todos menos Pancracio. Penélope y Agapito se casaron y se fueron un año fuera del país a conocer mundo. Visitaron París, Viena y todas las ciudades de la guía turística que la madre de Agapito les había dado como regalo de bodas. Volvieron con un niño guapísimo al que todos apodaron “el Romano” pues había nacido en esa ciudad. El siguiente cura que llegó al pueblo ya no era el más guapo de todos así que las mujeres dejaron de ir a la Iglesia y dejaron de arrastrar a sus maridos y a sus novios. Pero cuando Pancracio el Romano llegó a la edad de hacer la primera comunión comenzó a hacer de monaguillo y todas las mujeres y las jovencitas iban a misa con sus maridos a ver al chiquillo. Los hombres y los jóvenes no odiaban al Romano porque era muy bueno. Del científico nadie supo nada, pero los del pueblo ya nunca más se fiaron de los hombres y las mujeres de ciudad que venían con sus palabras rimbombantes.

Su móvil

Óscar Santos Pradana

Voy tarde a la ceremonia. Pero puedo fijarme aún en el atardecer. Es rosáceo y la dulzura en el cambio cromático de un tono a otro me recuerda a ella. También recuerdo algunas de las ocasiones en que hemos estado juntos este verano. A partir de hoy no será tan fácil.

Por fin llego a la explanada de la Parroquia de la Asunción, medio corriendo. Por suerte aún no han empezado y para mi sorpresa ella viene hacia mí. La alegría que siento de poder despedirme es inmensa.

—¡Félix! ¡Qué alegría que hayas venido! Quería darte esto -lo cojo-. Es mi móvil. Ya no lo voy a necesitar -sin poder evitarlo me conmuevo por su detalle y por lo ineludible que es nuestro adiós.

—María...

Ambos nos quedamos mirando al otro. Me acerco a ella un poco, no se aparta y la cojo de las manos.

—María... ¿me querías?

Nuestras miradas se cargan de fuerza y sinceridad al formular la pregunta.

—Sí, Félix, pero no es fácil... -asoman lágrimas en sus ojos y le tiembla la voz-. Lo siento.

—Tranquila.

Nos miramos unos momentos y nos abrazamos como nunca, para siempre. Se despide y se va adentro de la iglesia. La acompaño mientras toma los votos. Lo último que puedo ver de ella es su rostro en un gesto piadoso, delicadamente inclinado sobre sus manos, entre la procesión que la acompaña.

De alguna manera siento que ahora solo me queda su móvil... Pero qué tontería. No es el final de nuestra amistad. Nuestra amistad durará para siempre.

La historia terminable

Rodolfo Menguado

Tras surcar valles de hielo y escarpadas montañas por fin el mago llegó a la casa y tocó la puerta con su bastón. El chico abrió despacio y, sin mirarle a la cara —tan concentrada estaba en la pantalla— le invitó a pasar con un movimiento de cabeza.

—Harry Bolsón Bux, has sido elegido para una gran misión, pues sólo tú tienes la cicatriz en el hombro que permite el paso a la laguna de fuego. Posees una inteligencia especial para detectar peligros y engaños, y en tus ojos veo el coraje necesario. Además, guardas desde pequeño la perla de la luz en la cadena que rodea tu cuello y que te dio tu padre antes de morir. ¡Muchacho, nos esperan aventuras asom-

brosas en los bosques malditos, en las islas quemadas, en los lúgubres promontorios y en los túneles de mármol! Lucharemos con dragones, penetraremos en los secretos de la magia milenaria, descubriremos el amor y el odio. No te prometo un camino fácil, pero sí la gloria, la fama inmemorial y una vida apasionante, sobre la cual se escribirán grandes sagas.

—¿Te importaría si nos hacemos una foto para instagram? Nunca antes he visto un mago de verdad.

—Claro... Entonces, ¿vamos?

—Mmmm... No sé. En Google dan mal tiempo para hoy. No creo que sea buena idea. Ya si eso te escribiré un mensaje, ¿tienes móvil no? Hoy pensaba jugar al Minecraft.

El mago se marchó llorando, y lo que prometía ser una saga de quince volúmenes apasionantes y fama para la posteridad quedó en estas pocas líneas que yo —escritor fracasado— termino aquí. Por si a alguien todavía le interesa saber algo de esta historia el mago anduvo por las calles durante varios días, se lo encontraron tirado en un banco del Retiro y nunca pudo encontrar el camino de regreso a su tierra encantada. Decidió hacer trucos de magia en la calle, alcanzó cierta fama, llegó a tener un canal de Youtube con muchos seguidores y se enamoró de una cantante de cabaret que le arruinó la vida. Creo que ahora lleva un puesto de perritos calientes en algún puesto de la Costa Brava.

Lluviana

Javier Yániz Ciriza

1873, una tarde.

—*Hidrófilo* amigo, le veo de mal *humour* bajo esta tempestad *constantina* que a uno le termina calando hasta el alma. Oí *parlar* a un *juglarín* que esta situación *monzónica* se asemeja a una jungla de agua y de nubarrones *pardoverduscos*... ¡Qué poesía era ese hombre! sentado con su chucho canturreando...

—Poco me importa *l'* versillos de un pobre mamarracho que se *postrituye* por dos centimillos que *auno* le molestan en la saca. Poesía de *to'* se puede sacar, pero tanto tiempo así no hay quien lo soporte.

—Da para hacer *picas* y cantos de *jestas*, los héroes del tiempo, vencedores del chubasco y la galerna ese los llamaba así con este *rentintín* homérico-virgiliano. Te digo que si sigue cantando te deja estatua...

—Chorradas...

—Buenos chorros nos tiran desde alto, no llames a más males que terminamos *ynodados* (ríe)

—Me se hace tarde para *parlochicadas* y tengo que cazar las goteras *pa'* que no se *papen* los almohadones, qué ya se sabe, un poco *empapadas* y pronto tienes un séquito de clérigos diciendo "¡la sábana santa!". Imagina por un momento mi casucha llena de hábitos y *mirtras* lanzando agua bendita al gotelé ¡más agua! y claro, luego un *olor* de multitudes de estas *viudicas tiempolibreras* de romería hacia casa "¡Gracias señor divino por este *mislagro* tan cerca de casa!"

—Lo siguiente todo el mundo ya sabe lo que toca...

—¡*Quía!* *Desmortización* *eglesiástica* *segurada*.

—No sé como sigues en pie, tanto mal hay en el mundo y nos bajo la lluvia.

—Pero tengamos *esperas* que todo cambie pronto. Mucho miramos a las nubes esperando que *egredan* y nos *relincúen*, que nos traigan *las* calores y los *pajaricos* de verano ¡Más nos valdría mirar *pa'* el suelo! y dejar de soñar con *climatologías*, *códigos isobáricos* y *prestidigitaciones*...

—¿Precipitaciones?

—Todas las verdades terminan precipitándose, como estas lluvias... ¡*Ñales!* No recuerdo de lo que te hablaba (pausa. Se oye tronar a lo lejos). Pronto iremos en barca por las calles...

—Hace tanto que no veía llover así, tan de seguido... (pausa) Viene otra tromba de agua, se huele.

—Todo está más calmado, más tenso, más tirante... se nota cuando va a caer una buena.

—Sí, habrá que *guardarse*... ¿Qué nos pasó, amigo? Tanto tiempo esperando un *recuento* como este y solamente hemos *decido nosentidos* en largas *perlocuciones* ornamentadas con los *mechanismos* más *grandilocuentes*... ¿Para qué? Para terminar en una verborrea silenciosa, en una acumulación de *palabros* bajo la lluvia ¿Qué nos pasó y qué nos pasa? Sé que alguno dirá "el tiempo, el tiempo tiene la culpa"; quizá otros *achaquen* a la moda, al gusto o a la falta de gusto ¡Pedantes! Tanto *verborrear* para nada,

tan común... Se acerca tormenta por el Norte, atraviesa rauda, impasible, el cerro montañoso como una saeta ¡flash! y se nos clava en las médulas, en los sentimientos, en las...

—¿Has terminado? Me *asustastes* con tanta *coherencias* en un discursillo tan poco *originario*. Lluve y ¿y qué? ¿Por qué tienen que *intercambiarse* grandes reflexiones *pseudofilosóficas*...? La existencia es eso, existir, vivir lluvia tras lluvia, perderse en *la* caos, perderse y encontrarse. Hablas de verbos de brea, yo hablo del verbo: *en principio el verbum era* y este estaba con el grande, ya me entiendes... y el Grande, con mayúscula, nos manda riada tras riada esperando que nos riamos, pero no, nos aquí nos ahogamos en una mar abundante de *perscripciones*, y yo me digo en la mente ¿para qué tanto problema? Hablar, hablar es solución siempre...

—Sin *bargo*, algo habrá que decir... muchas veces el silencio es la mejor respuesta ¡Quién otorga, calla! Ni goteras, ni cacerolas, ni sábanas, ni sabanas, ni lluvia, ni *Cristus*, ni nada... Silencio, esa es la *llave* de todo.

—No estoy de acuerdo, y te diré por qué... (empiezan a caer las primeras gotas) No te das cuenta, aún no has abierto los *ajos*... ojos. Mira al cielo y verás nubes blancas, mira al cielo y verás caer las lágrimas, mira bien. Mirarás al suelo y solo veras tus pies, no la tierra. Intentarás ver y no verás más allá de tu nariz. Si callamos, morimos. Si morimos, callamos. El callado que calla al caer no realiza ningún ruido, calla. Callan los muertos en la tierra. Callan los dioses en sus cumbres y templos pétreos. Calla el *matasanos* envuelto en eufemismos. Si callamos nosotros morimos, si callamos no seríamos hombres, seríamos unas líneas de descripción... Tenemos miedo, eso no lo niego, y por eso podemos aspirar a sentir, a vivir, a soñar, a... mojarnos en el torrente de palabras que atraviesan la historia y la *intrahistoria*, que rompen todo y crean todo... Si callamos morimos ¡abre los ojos!

—Tengo que escribir una *epistula* a mi padre y mandar esta otra a mi madre... estoy cansado.

—No temas a la tragedia...

—¡Estoy harto de tanta tragedia! de tantas máscaras que aprehenden los labios y nos cortan la respiración. Quisiera gritar, gritar tan fuerte que con mi grito quebraría toda la falsedad... Quisiera llorar delante de todos por todo... quisiera tantas cosas que ni siquiera sé que existen. La putrefacción, la nausea, la vida, las ga-

nas de vivir, el grito, la escalera que nunca termina... ¡Mírame a los ojos y dime que ves! Vacío... me asusto de ver vacío, de ver muerte en mi ser ¿Quieres comedia? Podemos reír, podemos soñar en cambiarlo todo, jugar un poco con el lenguaje, filosofar... ¿para qué? Quisiera tener esperanza... ¡Aquí tienes tu tragedia! (un rayo atravesó el cielo)

— (silencio) Tengo que escribir una carta a mi madre y mandar esta otra a mi padre... tengo frío, tengo sueño... y sé que no soñaré con nada ¿Por qué hablamos? Hablamos para vivir un momento en el aire, la divina evanescencia... hablamos intentando aferrarnos a la eternidad, y la palabras se hace tinta... Algunos dirán que todo es comunicación, otros autoconocimiento... hablamos para no-morir del todo... *Semper* intentando *comprender* la realidad. ¿Qué harán los niños con el barro que forme la lluvia?

—Crear, *semper* los críos edificando *castillejos* de barro, y qué *grasciosos* son *inveniendo* *historiendas* fantásticas.

—Fíjate, yo me los imagino siempre corriendo y *saltimbanquiando* llenando el espacio de salpicaduras de tierra mojada ¡Solo a los niños les gusta este tiempo de perros!

—Cuando un agricultor termina quejándose por las lloviznas ¡mala cosa! Los pantanos no dan a *bastante*...

—Lluvia, lluvia y *relluvia!* Si al final tanta agua nos está cambiando, nos vuelve más del norte, más melancólicos y pensadores... ¿Qué hora es?

—Deben de ser cerca de las ocho, y yo iba a tirar unas cartas... Será mejor que me *egreda* (riendo)

—*Proficiscimur* y ya nos veremos otro día.

—Con Dios.

—Adiós.

Y se separaron, perdiéndose entre un océano.